



MAPA INTELECTUAL

v

## COTEJO DE NACIONES

---

I

No es dudable que la diferente temperie de los países induce sensible diversidad en hombres, brutos y plantas. En las plantas es tan grande, que llega al extremo de ser en un país inocentes ó saludables las mismas que en otro son venenosas, como se asegura de la manzana pérsica. No es menor la discrepancia entre los brutos, en tamaño, robustez, fiereza y otras cualidades, pues además de lo que en esta materia está patente á la observación de todos, hay países donde estos ó aquellos animales degeneran totalmente de la índole que se tiene como característica de su especie. Produce la Macedonia serpientes tan sociables al hombre, si hemos de creer á Luciano, que juegan con los niños y dulcemente se aplican á chupar en su propio seno la leche de las mujeres. En Guregra, montaña del reino de Féz,

son, según la relación de Luis de Mármol en su descripción de la África, tan tímidos los leones, de que hay gran número en aquel paraje, que los ahuyentan las mujeres á palos, como si fuesen perros muy domésticos (1).

Si no es tanta la diferencia que la diversidad de países produce en nuestra especie, es por lo menos bastantemente notable. Es manifiesto que hay tierras donde los hombres son, ó más corpulentos, ó más ágiles, ó más fuertes, ó más sanos, ó más hermosos, y así en todas las demás cosas que dependen de las dos facultades, sensitiva y vegetativa, comunes al hombre y al bruto. Aun en naciones vecinas se observa tal vez esta diferencia.

Á las distintas disposiciones del cuerpo se siguen distintas calidades del ánimo; de distinto temperamento resultan distintas inclinaciones, y de distintas inclinaciones distintas costumbres. La primera consecuencia es necesaria; la segunda defectible, porque el albedrío puede detener el ímpetu de la inclinación; mas como sea harto común en los hombres seguir con el albedrío aquel movimiento que viene de la disposición interior de la máquina, se puede decir con seguridad, que en una nación son los hombres más iracundos, en otra más glotones, en otra más lascivos, en otra más perezosos, etc.

No menor, antes mayor, desigualdad que en la parte sensi-

(1) Siguiendo la opinión común, dijimos en este número, que la manzana pérsica que nosotros, hecho substantivo el adjetivo, llamamos pérsico, es venenosa en Persia. Esto es un error común, que viene muy de atrás, pues ya en Columela se halla escrito, como creído de el público:

*Stipantur calati, et pomis, qua barbara Persis  
Miserat (ut fama est) patriis armata venenis.*

Plinio, poco posterior á Columela, estaba desengañado de el error; pues en el libro XV, capítulo XIII, hablando de las manzanas pérsicas, dice: *Falsum est, venenata cum cruciatu in Persis gigni*. Mas no por eso dejó de pasar el engaño á otros escritores, que le mantuvieron, y aún mantienen en el vulgo. Este error vino de la equivocación de tomar por manzana pérsica, ó por su árbol, otro árbol ó fruto llamado *persea*, de el cual dicen algunos autores, que siendo venenoso en Persia, fué trasladado á Egipto por no sé qué rey para castigo de delinquentes; pero en suelo de Egipto perdió su actividad. No sólo Plinio, mas Dioscórides, Galeno y Mathiolo deshicieron la equivocación, hablando de el pérsico y de la *persea* como plantas diversas. Plinio añade, que la *persea* no se denominó así por haber sido transferida de la Persia, sino porque el rey Perseo la plantó en Menfis.

tiva y vegetativa, se juzga comunmente que hay en la racional entre hombres de distintas regiones. No sólo en las conversaciones de los vulgares, en los escritos de los hombres más sabios se ve notar tal nación de silvestre, aquella de estúpida, la otra de bárbara; de modo que llegando al cotejo de una de estas naciones con alguna de las otras que se tienen por cultas, se concibe entre sus habitadores poco menor desigualdad que la que hay entre hombres y fieras.

Estoy en esta parte tan distante de la común opinión, que por lo que mira á lo substancial, tengo por casi imperceptible la desigualdad que hay de unas naciones á otras en orden al uso del discurso. Lo cual no de otro modo puedo justificar mejor que mostrando que aquellas naciones, que comunmente están reputadas por rudas ó bárbaras, no ceden en ingenio, y algunas acaso exceden á las que se juzgan más cultas.

## II

Empezando por Europa, los alemanes, que son notados de ingenios tardos y groseros (en tanto grado, que el padre Domingo Bouhursio, jesuíta francés, en sus conversaciones de Aristio y Eugenio, propone como disputable, si es posible que hay algún bello espíritu en aquella nación), tienen en su defensa tantos autores excelentes en todo género de letras, que no es posible numerarlos. Dudo que el citado francés pudiese señalar en Francia, aun corriendo los siglos todos, dos hombres de igual estatura á Rabano Mauro y Alberto el Grande, gloria el primero de la religión benedictina, y el segundo de la dominicana. Fué Rabano Mauro (omitiendo, por más notorios, los elogios de Alberto) astro resplandeciente de su siglo, y el supremo teólogo de su tiempo. Estos epítetos le da el cardenal Baronio. Fué varón perfectísimo en todo género de letras. Así le preconiza Sixto Senense. El abad Trithemio, después de celebrarle como teólogo, filósofo, ora-

dor y poeta excelentísimo, añade, que Italia no produjo jamás hombre igual á éste; y no ignoraba Trithemio ser parto de Italia un santo Tomás de Aquino. ¿Qué sujetos tiene la Francia que excedan al mismo Trithemio, venerado por Cornelio Agripa; á nuestro abad Ruperto, al padre Atanasio Kircher, quien, según Caramuel, fué *divinitus edoctus*; al padre Gaspar Schotti, y otros que omito? Ni se debe callar aquel rayo, ó torbellino de la crítica, terror de los eruditos de su tiempo, Gaspar Scioppio, que de la edad de diez y seis años empezó á escribir libros, que admiraron los ancianos. Señalamos en este mapa literario de Alemania sólo los montes de mayor eminencia, porque no hay espacio para más.

Los holandeses, á quienes desde la antigüedad viene la fama de gente estúpida, pues entre los romanos, para expresar un entendimiento tardísimo, era proverbio: *Auris batava*; «orejas de holandés,» tienen hoy tan comprobada la falsedad de aquella nota, y tan bien establecida la opinión de su habilidad, que no cabe más. Su gobierno civil y su industria en el comercio se hacen admirar á las demás naciones. Apenas hay arte que no cultiven con primor. Para desempeño de su política y su literatura bastan en lo primero los dos Guillelmos de Nasau, uno y otro de profunda, aunque siniestra, política; y en lo segundo, aquellos dos sobresalientes linceos en humanas letras, aunque topes en las divinas, Desiderio Erasmo y Hugo Grocio. Así que, en esta y otras naciones se llamó rudeza lo que era falta de aplicación. Luégo que se remedió esta falta, se conoció la injusticia de aquella nota.

Esto es lo que se vió también en los moscovitas, cuyo discurso está, ó estaba poco há tan desacreditado en Europa, que Urbano Chevreau, uno de los bellos espíritus de la Francia de este último siglo, dijo, que el moscovita era *el hombre de Platón*. Aludía á la defectuosa definición del hombre que dió este filósofo, diciendo, que es un animal sin plumas, que anda en dos piés: *Animal bipes implume*; lo que dió ocasión al chiste de Diógenes, que después de desplumar un gallo, se le arrojó á los discípulos de Platón dentro de la academia, gritándoles: «Véis ahí el hombre de Platón.» Quería decir Chevreau, que los moscovitas no tienen de hombres sino la figura exterior. Mas habiendo el último czar, Pedro Alezowitz, introducido las ciencias y artes en aquellos reinos, se

vió que son los moscovitas hombres como nosotros. Fuera de que, ¿cómo es posible que una gente insensata se formase un dilatadísimo imperio, y le haya conservado tanto tiempo? El conquistar pide mucha habilidad, y el conservar, especialmente á la vista de dos tan poderosos enemigos como el turco y el persa, mucho mayor. No ignoro que es la Moscovia parte de la antigua Scitia, cuyos moradores eran reputados por los más salvajes y bárbaros de todos los hombres, y con razón; pero esto no dependía de incapacidad nativa, sino de falta de cultura, de que nos da buen testimonio el famoso filósofo Anacharsis, único de aquella nación que fué á estudiar á Grecia. Si muchos scitas hubieran hecho lo mismo, acaso tuviera la Scitia muchos Anacharsis.

### III

En saliendo de la Europa, todo se nos figura barbarie: cuando la imaginación de los vulgares se entra por la Asia, se le representan turcos, persas, indios, chinos, japones, poco más ó menos como otras tantas congregaciones de sátiros ú hombres medio brutos. Sin embargo, ninguna de estas naciones deja de lograr tantas ventajas en aquello á que se aplica, como nosotros en lo que estudiamos.

No es tanto el aborrecimiento de las ciencias ni tanta la ignorancia en Turquía como acá se dice, pues en Constantinopla y en el Cairo tienen profesores que enseñan la astronomía, la geometría, la aritmética, la poesía, la lengua arábiga y la persiana. Pero no hacen tanto aprecio de estas facultades como de la política, en la cual apenas hay nación que los iguale, ni sutileza que se les oculte. El viajero Mr. Chardin, caballero inglés, en la relación de su viaje á la India Oriental, dice, que habiendo conversado, en su tránsito por Constantinopla, con el señor Quirini, embajador de Venecia á la Porta, le aseguró este ministro que no había tratado jamás hombre de igual penetración y profundidad que al visir

que había entonces; y que si él tuviese un hijo, no le daría otra escuela de política que la corte otomana. Son primorosísimos los turcos en todas las habilidades de manos ó ejercicios del cuerpo, á que tienen afición. No hay iguales pendolarios en el mundo, y este ha sido motivo de no introducirse en ellos el artificio de la imprenta. Asimismo son los más ágiles y diestros volatines de Europa. Cardano refiere maravillas de dos que vió en Italia, de los cuales el uno se convirtió á la religión católica y vivió muy cristianamente, aunque continuando el mismo ejercicio; con lo cual desvaneció la sospecha introducida en el vulgo, de que tenía pacto con el demonio. La destreza en el manejo del arco para disparar con violencia la flecha subió en los turcos á tan alto punto, que se hace increíble. Juan Barclayo, en la cuarta parte del *Satiricón*, testifica haber visto á un turco penetrar con una flecha el grueso de tres dedos de acero; y á otro, que con la asta de la flecha sin hierro, taladró de parte á parte el tronco de un pequeño árbol. En el arte de confeccionar venenos son también admirables: hácenlos, no sólo muy activos, pero juntamente muy cautelosos. El tenue vapor que exhala al desplegarse un lienzo, una banda ó una toalla, fué muchas veces entre ellos instrumento para quitar la vida, enviando por vía de presente aquella alhaja: arte funesta y execrable. Pero, así como prueba la perversidad de aquella gente, da testimonio de su habilidad en todo aquello á que tienen aplicación (1).

Los persas son de más policía que los turcos: tienen colegios y universidades, donde estudian la aritmética, la geometría, la astronomía, la filosofía natural y moral, la medicina, la jurisprudencia, la retórica y la poesía. Por esta última son muy apasionados, y hacen elegantes versos, aunque redun-

(1) Acaso lo que se dice de la fiereza de los turcos se debe limitar, ó padece muchas excepciones. La *Historia de Carlos XII*, rey de Suecia, nos los pinta en muchas ocasiones mucho más humanos y generosos con aquel príncipe, que lo que merecían sus extravagancias, desatenciones y rodamontadas. Á un católico, natural y habitador de Chipre, sujeto muy capaz, oí varias veces encarecer su cortesanía y moderación con los cristianos de aquella isla. Decía que están mezclados en todas las poblaciones de ella tantos á tantos, poco más ó menos, turcos con cristianos, teniendo frecuentemente las habitaciones contiguas, sin experimentar de ellos los cristianos la menor vejación, desprecio, befa ó falta de urbanidad.

dantes en metáforas pomposas. En la antigüedad fueron celebrados los magos de Persia, que era el nombre que daban á sus filósofos. Tan lejos están de aquella inurbana ferocidad que concebimos en todos los mahometanos, que no hay gente que más se propase en expresiones de civilidad, ternura y amor. Cuando un persa convida á otro con el hospedaje, ó generalmente le quiere manifestar su deferencia y rendimiento, se sirve de estas y semejantes expresiones: « Ruégoos que ennoblezcáis mi casa con vuestra presencia. Yo me sacrifico enteramente á vuestros deseos. Quisiera que de las niñas de mis ojos se hiciese la senda que pisasen vuestros piés.»

En la India oriental no hallamos letras, pero sí más que ordinaria capacidad para ellas. Juan Bautista Tabernier, hablando de unos negros, ó mulatos, que hay en aquella región, llamados canarines, de los cuales se establecen muchos con varios oficios en Goa, en las Filipinas, y otras partes donde hay portugueses y españoles, dice, que los hijos de dichos negros que se aplican á estudiar, adelantan más en seis meses que los hijos de los portugueses en un año, y que esto se lo oyó en Goa á los mismos religiosos que los enseñan. Persuádome á que la primera vez que los portugueses vieron aquellos hombres atezados, creyeron que su razón era tan obscura como su cara, y se juzgarían con una superioridad natural á ellos, poco diferente de aquella que los hombres tienen sobre los brutos. ¡ Oh, en cuántas partes de la tierra donde juzgamos la gente estúpida, sucedería acaso lo mismo! Pero queda oculto el metal de su entendimiento, por no examinarse en la piedra de toque del estudio (1).

(1) El padre Papin, misionero en la India Oriental, en una carta escrita de Bengala, á 18 de Diciembre de 1709, al padre Gobien, de la misma Compañía, que se halla en el tomo IX de las *Cartas edificantes*, habla con admiración de la habilidad de la gente de aquel país en las artes mecánicas y aun en la medicina. Entre otras muchas particularidades de que hace memoria, dice, que fabrican telas de tan extraña delicadeza, que aunque son muy anchas y largas, pueden sin dificultad enlarse por un anillo, y que dándoles á uno de aquellos obreros una pieza de muselina destrozada ó dividida en dos, juntan las partes con tanta destreza, que es imposible conocer dónde se hizo la unión. En orden á la medicina de aquella gente, son muy notables estas palabras de el padre Papin: « Un médico no es admitido á la curación de el enfermo si no adivina su mal y el humor que predomina en él; lo que ellos conocen fácilmente tentando el pulso. Y no hay que decir que es fácil que se engañen, porque esta es una cosa de que yo tengo alguna experiencia.»

El padre Barbier, misionero jesuíta también en la India Oriental, refiere el extraor-

## IV

La mayor injusticia que en esta materia se hace está en el concepto que nuestros vulgares tienen formado de los chinos. ¿Qué digo yo los vulgares? Aun á hombres de capilla ú de bonete, cuando quieren ponderar un gran desgobierno ó modo de proceder ajeno de toda razón, se les oye decir á cada paso: «No pasara esto entre chinos;» lo cual viene á ser lo mismo que colocar en la China la antonomasia de la barbarie. Es bueno esto para la idea que aquella nación tiene de sí misma, la cual se juzga la mayorazga de la agudeza, pues es proverbio entre ellos, que «los chinos tienen dos ojos, los europeos no más que uno, y todo el resto del mundo es enteramente ciego.»

El caso es que tienen bastante fundamento para creerlo así. Su gobierno civil y político excede al de todas las demás naciones. Sus precauciones para evitar guerras, tantó civiles como forasteras, son admirables. En ninguna otra gente tienen tanta estimación los sabios, pues únicamente á ellos confían el gobierno. Esto sólo basta para acreditarlos por los más racionales de todos los hombres. La excelencia de su inventiva se conoce en que las tres famosas invenciones de la imprenta, la pólvora y la aguja náutica, son mucho más antiguas en la China que en Europa, y aun hay razonables sospechas

dinario ardid con que un indiano mató una horrenda serpiente que infestaba el territorio de Rangamati, más allá de el cabo de Comorin. Esta bestia tenía su habitación en una montaña, de donde descubría el curso de un río vecino, y luégo que veía navegar en él algún batel, bajaba prontamente al río, acometía al batel, le trastornaba, y luégo devoraba la gente que iba en él. Este estrago duró hasta que un delincuente, condenado á muerte, ofreció librar de él al país como le concediesen la vida. Aceptada la oferta, más arriba de donde habitaba el dragón, y donde se le ocultaba el río, formó unas figuras de hombres de paja, llenando el interior de arpones y grandes garfios; y poniéndolos en una especie de barco, la corriente los fué llevando hasta ponerse á la vista de el dragón; éste se arrojó al agua y á la presa que veía en ella; con que tragando los arpones y garfios, se despedazó las entrañas. (*Cartas edificantes*, tomo XVIII.)

de que de allá se nos comunicaron. Sobresalen con grandes ventajas en cualquier arte á que se aplican; y por más que se han esforzado los europeos, no han podido igualarlos, ni aun imitarlos en algunas (1).

Nada es digno de tanta admiración como el grande exceso que nos hacen en el conocimiento y uso de la medicina. Sus médicos son juntamente boticarios; quiero decir, que en su casa tienen todos los medicamentos de que usan, los cuales se reducen á varios simples, cuyas virtudes tienen bien examinadas. Ellos los buscan, preparan y aplican. En cuanto á la unión de los dos oficios, antiguamente se practicaba lo mismo en todas las naciones, y ojalá se practicase también ahora. Son sumamente prolijos en el examen del pulso. Es muy ordinario detenerse cerca de una hora en explorar su movimiento. Pero es tal la comprensión que tienen, así de esta señal como de la lengua, que, en registrando uno y otro, sin que los asistentes ni el enfermo les digan cosa alguna, pronuncian qué enfermedad es la que padece, qué síntomas la acompañan, el tiempo en que entró, con las demás circunstancias antecedentes y subsecuentes (2).

(1) El padre Du-Halde, en el tomo II de su grande *Historia de la China*, pág. 47, dice, que aunque la pólvora es antigua en la China, no usaban de ella sino para los fuegos de artificio, ignorando enteramente su uso en los cañones. Sin embargo, añade, que á las puertas de Nan-kín había tres ó cuatro bombardas cortas, bastantemente antiguas, para hacer juicio de que algún tiempo tuvieron poco ó mucho conocimiento de la artillería. Lo que es cierto es, que todos los cañones que hoy tienen los deben á artifices europeos; con que, si en la antigüedad conocieron el arte, enteramente lo habían perdido.

(2) En orden á la medicina de los chinos, el padre Du-Halde dice que su teórica es muy defectuosa, sus principios físicos inciertos y oscuros, su ciencia anatómica casi ninguna; pero no les niega su conocimiento de muchos remedios muy útiles. Por lo que mira al conocimiento de el pulso, confirma lo que hemos dicho en el número citado. Pondré aquí el pasaje, aunque algo largo, traducido literalmente, porque algunos lectores han dificultado el asenso á lo que hemos escrito sobre esta materia. Está en el tomo III, página 382.

«Toda su ciencia consiste en el conocimiento de el pulso y en el uso de los simples, de que tienen gran cantidad, y que, según ellos, están dotados de virtudes singulares para curar las enfermedades. Ellos pretenden conocer, por sólo el movimiento de el pulso; el origen de el mal y en qué parte de el cuerpo resida. En efecto, los que entre ellos son hábiles descubren ó pronostican muy exactamente todos los síntomas de una enfermedad; y esto es lo que hizo principalmente tan famosos en el mundo los médicos de la China.

«Cuando son llamados para algún enfermo, apoyan lo primero el brazo sobre una

Bien veo que esto se hará increíble á nuestros médicos; pero las varias relaciones que tenemos de la China, algunas escritas por misioneros ejemplarísimos, están en este punto tan constantes, que sin temeridad no se les puede negar el asenso. Aun cuando á mí me hubiera quedado alguna duda, me la habría quitado el ilustrísimo señor don José Manuel de Andaya y Haro, dignísimo prelado de esta santa iglesia de Oviedo, que me confirmó esta noticia, con las experiencias que tenía de un médico chino que trató en Manila, capital de las Filipinas, y de quien su ilustrísima me refirió maravillas, así en orden al pronóstico como en orden á la curación. Persuádome á que algunos médicos de la corte tendrán el libro de Andrés Cleyer, protomédico de la Batavia índica, *De Medicina Chinensium*, impreso en Ausburg, de que da noticia el

almohada; aplican luego los cuatro dedos á lo largo de la arteria, ya blandamente, ya con fuerza. Deteniéndose largo tiempo á examinar las pulsaciones y á notar las diferencias, por imperceptibles que sean; y según el movimiento más ó menos veloz ó tardo, más ó menos lleno ó disminuído, más uniforme ó menos regular, que observan con la mayor atención, descubren la causa de el mal; de suerte que, sin hacer pregunta alguna al enfermo, le dicen en qué parte de el cuerpo siente dolor, en la cabeza ó en el estómago, vientre, hígado ó bazo, y le pronostican cuándo se aliviará la cabeza, cuándo recobrará el apetito, cuándo cesará la incomodidad.

Yo hablo de los médicos hábiles, y no de otros muchos que no ejercen la medicina sino por tener de qué vivir, y que carecen de estudio y experiencia. Pero es cierto, y no se puede dudar, después de tantos testimonios como hay, que los médicos chinos han adquirido en esta materia un conocimiento que tiene algo de extraordinario y asombroso.

Entre muchos ejemplos que pudiera alegar en prueba, no referiré más que uno solo. Un misionero cayó enfermo en las prisiones de Nan-kin. Los cristianos, que se veían en riesgo de perder su pastor, solicitaron á un médico de fama para que le visitase. Rindióse á sus instancias, aunque con alguna dificultad. Vino á la prisión, y después de considerar bien al enfermo y tentado el pulso con las ceremonias ordinarias, al instante compuso tres medicinas, que le ordenó tomase, una de mañana, otra una hora después de mediodía, y otra á la noche. El enfermo se halló peor la noche siguiente, perdió el habla, y los asistentes le creyeron muerto; pero á la mañana se hizo una mutación tan grande, que el médico, pulsándole, dijo que estaba curado, y que no necesitaba ya sino guardar cierto régimen durante la convalecencia; en efecto, por este medio fué perfectamente restablecido.

Los que saben que el padre Du-Halde escribió su grande *Historia de la China* sobre gran multitud de memorias, las más exactas y justas venidas de aquel imperio, y que el venerable padre Contancin, que vino á Paris después de treinta y un años de estancia en la China, la revió toda dos veces, antes de darse á la prensa, harán de este testimonio el aprecio que es justo.

*Diario de los Sabios* de París del año 1682, donde podrán ver más por extenso esta noticia.

Siendo tan sabios los médicos de la China en la práctica de su arte, no son menos sabios los chinos en la práctica que observan con sus médicos. Si el médico, después de examinados el pulso y la lengua, no acierta con la enfermedad ó con alguna circunstancia suya, lo que pocas veces sucede, es despedido al punto como ignorante, y se llama otro. Si acierta, como es lo común, se le fía la curación. Trae luego de su casa un costalillo de simples, cuyo uso arregla en el *cuándo* y en el *cómo*. Acabada la cura, se le paga legitimamente, así el trabajo de la asistencia como el coste de los medicamentos. Pero si el enfermo no convalece, uno y otro pierde el médico; de modo que el enfermo paga la curación cuando sana, y el médico su impericia cuando no le cura. ¡Oh si entre nosotros hubiese la misma ley! Ya Quevedo se quejó de la falta de ella, sin saber que se practicase en la China; y aunque lo hizo como entre burlas, pienso que lo sentía muy de veras.

Generalmente podemos decir á favor de la Asia, que esta parte del mundo fué la primera patria de las artes y las ciencias. Las letras tuvieron su nacimiento en la Fenicia; de allí vinieron á Egipto y Grecia, como el conocimiento de los astros á una y otra parte vino de Caldea.

## V

Por lo que mira á la África, no tenemos más que echar los ojos á que allí nacieron un Cipriano, un Tertuliano y, lo que es más que todo, un Augustino; á que en la pericia militar, más superiores fueron un tiempo los africanos á los españoles, que hoy los españoles á los africanos. Menos sangre les costó á los cartagineses algún día la conquista de toda España, que después acá á los españoles la de unos pequeños reatazos de la Mauritania. El suelo y el cielo los mismos son